

Adiós al gobierno de la esperanza en Paraguay

Parece que fue ayer, cuando los paraguayos y quienes vivimos en este país recibimos con alboroto y algarabía, al ex obispo Fernando Lugo, quien había llegado al poder después de haber conseguido algo que parecía imposible: derrotar a los colorados hegemónicos en el poder por más de 61 años. El “gobierno de la esperanza”, como se le denominó, comenzaba en una soleada mañana del mes de agosto de 2008 con un Fernando Lugo quien se definía como “hombre de fe” y “laico comprometido con su tiempo”.

En su discurso de toma de posesión, con su voz quebrada por la emoción, le escuchamos decir del dolor y la vergüenza que le producían los niños de la calle y de su compromiso en hacer todo lo posible por derrotar el monstruo de la miseria. Con el paso del tiempo, no solo los niños de la calle siguieron inundando las calles de Asunción, sino que esos indígenas, los mismos a los que les prometió devolverles la dignidad perdida, deambulaban sin rumbo por las terminales de buses o invadían las plazas capitalinas, en condiciones vergonzosas e indignas.

Aquella mañana del 15 de agosto, Lugo también habló de la necesidad de implementar una economía sustentable con equidad social como motor de cambio; de su sueño de un Paraguay socialmente justo y reiteró su compromiso a trabajar denodadamente por los campesinos con o sin tierra; les prometió una reforma agraria integral, y la redistribución de las riquezas.

Su continuo contrapunteo con el sector productivo, el aumento de las invasiones de tierras y la sensación de un aval gubernamental y apoyo desde el Palacio de Gobierno a acciones al margen de la ley, lo fueron alejando cada vez más de las promesas de aquel día. La economía repuntó, porque la soja tuvo un buen año, y se levantaron algunas restricciones al país; sin embargo, el éxodo de paraguayos hacia el exterior angustiados por la falta de oportunidades hablaba a las claras de que las cosas no iban bien.

Los logros en el campo de la salud no fueron suficientes para sostenerlo. La inseguridad generalizada, los secuestros y las acciones del autodenominado EPP (ejército del pueblo paraguayo) fueron sembrando la incertidumbre en una sociedad cada vez más polarizada y que miraba con desconfianza al ex obispo

Cometió los mismos pecados de los políticos que tanto criticó, empleó a parientes y amigos a quienes favoreció con altísimos sueldos y beneficios, y la corrupción y los sobornos estuvieron al orden del día. Tampoco le hicieron ningún favor sus continuos devaneos y denuncias por paternidad que fueron ganando espacio en los medios de comunicación, tanto nacionales como internacionales.

Durante el tiempo de su gobierno Lugo viajó como ninguno otro e hizo muchos amigos en el exterior. Fortaleció viejas alianzas como las del llamado “eje de Caracas”, junto a Venezuela, Ecuador y Bolivia. En aras de mejorar la imagen del país, no se perdió conferencia o visita al exterior, muchas de las cuales coincidieron con momentos de crisis nacional. Ya estaba debilitado políticamente cuando le fue diagnosticado un cáncer linfático, lo cual sumió al país en la incertidumbre. Las noticias iban y venían y se hablaba constantemente de su renuncia. Sin embargo, se mantuvo y el tratamiento realizado en el Brasil tuvo un resultado positivo, ganándole la batalla al cáncer.

Desde un comienzo tuvo una muy mala relación con su compañero de fórmula – y hoy sucesor- Federico Franco. Se conocían poco, fue un matrimonio político sin luna de miel ni siquiera al principio lo cual trajo como consecuencia la falta de apoyo parlamentario, situación que complicó aún más la gestión de su gobierno.

La muerte de 6 policías, y once campesinos durante un operativo de desalojo en el que los uniformados que estaban desarmados, fueron atacados con armas de grueso calibre por francotiradores, ocurrida hace algo más de una semana, fue la gota que rebosó el vaso. Fue así como los liberales que en algún momento hicieron parte de la Alianza política que llevó a Lugo al poder se unieron con sus enemigos históricos, los colorados, para someterlo a juicio político.

De nada sirvieron la presencia de los seguidores de Lugo en las plazas aledañas, sus consignas, y protestas, ni la declaración de los cancilleres de UNASUR o las advertencias de Rafael Correa, de Evo Morales o de Hugo Chávez, tampoco las amenazas de expulsión de UNASUR o del MERCOSUR.

El Congreso, integrado en su mayoría por curtidos políticos de los tradicionales partidos paraguayos, (muchos de cuyos integrantes gozan de dudosa reputación), echó mano de un recurso constitucional para destituir, tras un juicio político sumarísimo a Fernando Lugo por mal desempeño de sus funciones como presidente.

En su despedida, Fernando Lugo ya no habló de promesas ni de sueños, sino de una democracia herida, de la transgresión de los principios de la defensa, y de los intereses mezquinos que rodearon su destitución. Dijo someterse a la decisión del Congreso y estar dispuesto a responder por sus actos, aunque con el correr de las horas parece haber cambiado de opinión; montó un gabinete en “paralelo”, y su entorno llama a desobediencia ciudadana.

Faltándole nueve meses para culminar su periodo, el “gobierno de la esperanza” tuvo que salir a toda prisa, llevándose consigo el mal sabor de no haber podido cumplir con quienes aquella soleada mañana del 15 de agosto de 2008 nos levantamos con la ilusión y el sueño de poder vivir en un país diferente, mejor, más justo y equitativo, y como si esto fuera poco es muy posible también que tras haber logrado la hazaña de arrebatarse el poder a los colorados, el “gobierno de la esperanza” indirectamente sea el que facilite su retorno en el 2013

María Piedad Delgado G.